

Nicola Bux, *La reforma de Benedicto XVI. La liturgia entre la innovación y la tradición*. Madrid, Ciudadela, 2009, 160 p.

Con este sugestivo título, el teólogo y liturgista italiano D. Nicola Bux nos presenta un libro que pretende ayudar a entender, desde sus fundamentos teológicos, la reforma que el Papa Benedicto XVI ha emprendido en la liturgia, tanto a través de sus escritos como de las mismas celebraciones litúrgicas pontificias. Se trata, en palabras tomadas del prólogo escrito por el Cardenal Cañizares, de un libro “rico en datos, reflexiones e ideas”. No es un libro sólo para expertos en liturgia, sino que precisamente se propone ayudar a todos a entender mejor la naturaleza de la liturgia.

La introducción corre a cargo del escritor Vittorio Messori, quien comienza contando lo que fue para él –en su situación de converso– el cambio de la antigua a la nueva liturgia y toda la crisis que se desencadenó por aquellos años (una crisis que Messori no duda en comparar con un cisma). Pero, a pesar de la desinformación sobre el Concilio y de la imprudencia pastoral que ha oscurecido los años sucesivos a la reforma, el escritor y periodista dice compartir con el Autor de este libro una gran esperanza y un fortalecimiento de la fe. Es la actitud que él ha podido observar en el Santo Padre y en su equipo de trabajo (del cual forma parte don Nicola). En efecto, Benedicto XVI, con paciencia y prudencia, por amor al hombre posmoderno, quiere “ayudarlo a redescubrir en el culto litúrgico el encuentro con Aquel que se ha definido como «Camino, Verdad y Vida»”.

A continuación, Bux prácticamente abre su escrito con una invitación a dejarse guiar por Benedicto XVI, a quien presenta como teólogo, perito conciliar, Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y ahora Obispo de Roma... En suma, alguien que “sabe mucho de liturgia”, alguien en quien podemos confiar. De hecho, en los dos primeros capítulos del libro –que buscan asentar los fundamentos teológicos de la liturgia– nuestro Autor sigue como falsilla –implícita y explícitamente– el libro *Introducción al cristianismo* del mismo Joseph Ratzinger.

Su intuición fundamental consiste en que “el recorrido de la liturgia imita el de la fe”; es decir, si es Dios el único que nos da el sentido de nuestra vida, entonces el hombre, para recibir ese sentido, debe salir de su yo y dirigirse hacia Dios. Pero es Dios quien da el primer paso, quien se acerca máximamente al hombre en Cristo. En ese sentido, la liturgia es también algo que nos precede o, más exactamente, podemos decir que “la

naturaleza de la sagrada liturgia es ser el tiempo y el lugar donde con seguridad Dios va al encuentro del hombre”.

Para el Autor, es de la máxima importancia entender que “lo sagrado es la ley fundamental de la liturgia” y que, por tanto, no se trata de una ritualidad construida meramente por las manos humanas, ni en una auto-exaltación de lo comunitario y visible. Tiene la primacía, por tanto, no el signo realizado, sino la realidad presente. Igualmente, la liturgia, antes que de un hacer humano, nace de escuchar y de recibir por la Tradición (como la fe; cfr. Rm 10,17). En este sentido, se puede decir que la estructura de la liturgia es “dogmática”.

De hecho, “la liturgia es sagrada si no es hecha por manos del hombre, porque, de otro modo, sería idolatría”. Es verdad que puede y debe haber un desarrollo, pero no hasta el punto de convertir toda la liturgia en un mero *hacerse*, con el consiguiente peligro de invertir su naturaleza y acabar dirigiéndose al hombre en vez de a Dios.

Y la liturgia tiene que orientarse a Jesucristo, porque la vida de todo cristiano está orientada así. El hombre no puede darse a sí mismo el sentido de su vida, tiene que salir de sí mismo y dirigirse hacia Cristo para recibir de Él ese sentido.

Se dice que es precisamente en la liturgia donde la realidad humana se consagra, recibiendo de Dios un sentido nuevo. Esto es posible porque lo sagrado se hace presente en los signos, rompe barreras. Y cuando el hombre se da cuenta de esa presencia divina y le da importancia, es cuando puede haber verdaderamente culto. A Dios se lo encuentra –dirá nuestro autor– fundamentalmente alabándolo.

Bajo esta óptica Bux trata de describir en qué sentido es legítima una reforma litúrgica, y retoma puntos ya largamente discutidos como son: la recitación la plegaria eucarística en voz baja, el uso del latín, la distinción real entre sacerdote y fieles, el arrodillarse como muestra de adoración, la teología de la Cruz, etc.

Los capítulos del tercero al quinto se presentan como unas breves consideraciones respecto a la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II y los distintos acontecimientos y personajes que la prepararon y que la fueron concretando. Se compara la larga preparación que tuvo la constitución *Sacrosanctum Concilium*, y el apresurado itinerario que siguió la reforma en el posconcilio. Quizás, contra todo lo que se pensaba, la reforma más que “volar alto” parece que “ha volado bajo”, y no se ha sabido poner del todo a la altura de las expectativas del movimiento litúrgico más auténtico; antes bien, pareciera que en algunos puntos se ha ido más allá de las intenciones del concilio y del Papa Pablo VI. Bux pone aquí el dedo en la herida al señalar la triste realidad de la proliferación de misas «beat», «carnaval», «pic-nic», «revolucionarias», etc.

Ante esta preocupación, el motu proprio *Summorum Pontificum*, que extiende a todos la posibilidad de acceder al *usus antiquior* en la celebración eucarística, puede servir como una especie de tregua en la batalla. ¿En qué sentido? Mientras se valora lo ocurrido, y se separa el trigo de la cizaña, úsese también el rito que durante siglos ha sido reconocido como legítimo y santo y bueno por la misma Iglesia: en otras palabras, propone la “hermenéutica de la continuidad”, tanto eclesial como litúrgica. Por cierto que aquí, don Nicola, presenta valiosos testimonios para entender los fallidos intentos de abolición del antiguo Misal.

En cualquier caso, no hay que temer ni una cancelación del concilio ni un caos parroquial generalizado. En fin de cuentas, la liturgia es reverencia y adoración, y no mera discusión sobre formas. Respecto de esto, tanto los que desean innovaciones a toda costa como los que las rechazan absolutamente caen muchas veces en desobediencias y formalismos, y eso sí que es un ataque directo al corazón del Vaticano II, porque la liturgia no es propiedad de ningún sacerdote o comunidad.

“No se puede elegir la Iglesia o la Misa que más agrada”. Por eso, crisis eclesial y desmoronamiento de la liturgia son dos problemas que van de la mano: es más, el cardenal Ratzinger estaba convencido de que la crisis eclesial dependía en gran parte del desmoronamiento de la liturgia. Y, en efecto, se puede afirmar que la mal llamada «creatividad litúrgica» no hace sino generar un trasfondo de relativismo doctrinal.

A pesar de todo, el autor es optimista al pensar que ha llegado el momento de la “profundización de la liturgia, de la maduración de la fe, del sentido de la Iglesia universal”. Después de todo, la liturgia debe ser comprendida de nuevo en cada generación, y a esto pueden ayudar mucho los liturgistas, a condición de que también sean hombres versados en la ciencia teológica, ya que en la liturgia, todo gesto y palabra expresa una idea teológica.

Los últimos dos capítulos son, precisamente, algunas sugerencias en este sentido. La cuestión fundamental es comprender qué es propiamente la adoración; porque de eso dependerá el cómo sea nuestra liturgia. Las muestras de devoción y piedad, el saber estar de rodillas, la orientación en la oración litúrgica, la relación con la Cruz, el arte sagrado, la distinción entre clero y pueblo, etc. son elementos que habrá que revalorizar en su justa medida. En esto, Bux sugiere que tenemos muchas cosas que aprender de Oriente.

Si hemos de retomar las sendas ciertas y seguras de un auténtico movimiento litúrgico, se impone la necesidad de conocer los fundamentos teológicos de la liturgia (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica* nn. 1077-1112). Asimismo, como señaló el cardenal Cañizares en el prólogo escrito para esta

edición en lengua española: “hace falta crear una nueva generación de sacerdotes libre de prejuicios dialécticos”.

Y para “formar en liturgia” nuestro teólogo abunda en sugerencias: volver a enseñar cómo se celebran los sacramentos, volver a valorar los ensayos, acudir al Magisterio, mirar también hacia la tradición oriental, aprender a distinguir los distintos tipos de presencia de Cristo, revalorizar el latín y el gregoriano, redimensionar el recurso a la concelebración, descubrir el sentido de pertenencia eclesial, catequizar las condiciones para recibir la Comunión y erradicar el uso de recibirla en la mano, huir de la teatralidad y del protagonismo en las celebraciones, etc. Y en todo esto destaca el valor de la ejemplaridad: aprender de lo más digno, aprender de los más obedientes.

Así, el autor puede concluir su libro diciendo que “está naciendo un nuevo movimiento litúrgico que sigue las liturgias de Benedicto XVI; no bastan las instrucciones preparadas por expertos, se requieren liturgias ejemplares que hagan encontrar a Dios”. Este libro es, pues, una invitación a mirar al Papa, a confiar en el Papa: él no es ni conservador ni innovador, es un misionero, o como dijo de sí mismo al ser elegido: “un humilde trabajador de la Viña del Señor”. Y el objetivo último de su misión es, precisamente, hacer que el mundo en su conjunto se convierta “en la liturgia de Dios”.

Pbro. Dr. Carlos E. Guillén

Martin RHONHEIMER, *Cristianismo y laicidad. Historia y actualidad de una relación compleja*. RIALP, Madrid, 2009, 200 p.

¿La religión católica es compatible con la diversidad de nuestra sociedad actual y un Estado que por ello se define como plural y neutro frente al fenómeno religioso? En torno a esta pregunta discurre este sugerente ensayo del profesor de Ética y Filosofía política de la Universidad de la Santa Cruz.

Considero que el tema de esta obra encuentra su origen en un libro anterior “Transformación del mundo. La actualidad del Opus Dei”, en el que remarca la sintonía del Opus Dei con el mensaje del Vaticano II respecto a la misión de los laicos en la Iglesia. El énfasis en la libertad de los fieles y la sana independencia del poder político son el hilo conductor de ambas publicaciones.